
IV.

¡Nunca!

UNA idea, de la cual procuraba yo no darme cuenta cabal, pugnaba con tenacidad por presentarse clara y franca en mi mente, después de mi visita á Pepe Rojo; pero yo procuraba con mayor ahinco distraer mi imaginación para huir de aquella idea, la cual, en verdad, me inspiraba no sé si repugnancia ó miedo. El título con que Pepe encabezaba sus cuartillas no se apartaba de mi imaginación sino por breves instantes, para presentarse de nuevo con más gordos caracteres, como diciéndome: «repara en lo que significo».

Anduve todo el día espantando aquella mosca impertinente, que no pocas veces ve-

nía acompañada de la ancha y angulosa faz del redactor de *El Cuarto Poder*. Claveque primero, y después Sabás, notaron que estaba yo más preocupado que nunca, y trataron de saber el motivo; pero yo no quise decirlo, ni encontré distracción en las conversaciones que ambos me promovieron, por más que tuvieran siempre mucho de lisonjeras y aduladoras.

Todos mis pensamientos se enlazaban con aquel título que había quedado como una incrustación en mi cerebro, de tal modo, que para encadenar mis ideas, busqué una pena mayor, á trueque de no pensar en aquellas malditas palabras: en Remedios. Pero al verla en mi imaginación, me dije sin poder evitarlo: «¡eso es oro puro!», y en seguida, las torcidas letras del título, volvieron á presentarse delante de mí: «Moneda Falsa.»

Así fuí pasando el día, divagando mi espíritu apenas cuando recordaba que Remedios, mi única esperanza en el mundo, se había perdido para mí, y que en su corazón tan puro y hermoso, en el cual había yo reinado durante años enteros, sólo encon-

traría yo un sentimiento de aversión ó quizá de desprecio.

Cayó la noche, tomé la pluma para escribir algo contra un ministro, para anonadar á un gobernador ó descuartizar á un poeta vanidoso; pero después de media hora de luchar inútilmente con mi rebelde imaginación, arrojé la pluma sobre la mesa, manchando las blancas cuartillas, y sentí el desaliento desesperado del que, huyendo de una fiera, se siente sin fuerzas para dar un paso más.

Después de un rato de amargas meditaciones, acudí instintivamente á mi último refugio en semejantes situaciones. Tomé mi sombrero y salí á la calle, encaminándome á la casa de Felicia; de aquella pobre niña que, si no lograba disipar mis hondas penas, las endulzaba á lo menos con sus palabras llenas siempre de consolador cariño, de sencillez y de dulzura.

Apenas me vió y echóme al cuello los brazos. Me hizo sentar en el sofacito, que había cambiado de lugar para que no despertara muy vivamente el recuerdo de aquella esce-

na, y colocándose á mi lado, comenzó á reprocharme que no hubiera ido á verla la noche anterior. Después me habló de *El Censor*, que leía con el mismo gusto que antes tenía por *El Cuarto Poder*.

¡Vaya que el tal *Poder* se había hecho so-so y pesado desde que yo dejé de escribir en éll! Todo se le iba en decir que el Gobierno era muy bueno, y muy rebueno: que el ministro tenía un talentazo como ninguno; que los diputados todos eran oradores consumados y de mucha sabiduría; que este periódico atacaba á la administración por sistema; que aquél no tomaba precauciones para asegurar noticias falsas; y otras muchas cosas muy serias y formalotas que á ella la tenían aburrida; por lo cual, y porque yo ya no escribía en aquel diario, no leía de él un renglón desde hacía un mes.

—¡Cuántas cosas por los ministros, hijo de mi alma!... Pero, oye tú; yo quisiera verte á tí siquiera de ministro de Guerra. Habías de estar muy guapetón.

Yo esperaba un momento oportuno para preguntarle por Remedios; pero era imposi-

ble contener ni sujetar aquella verbosidad inagotable. Felicia apenas tomaba aliento, proseguía la charla con su gracejo natural, fácil, ligero y alegre. De los periódicos tomó pretexto para hablar de Don Pedro Ramírez, lector incansable de cuanto papel caía en sus manos; de Don Pedro pasó á las señoras; de las señoras al último vestido que se había hecho con la tela que yo le llevé la semana anterior; y entonces fué á sacarle de su armario y me le presentó de frente, de costado, por detrás, explicándome las perfecciones de la prenda.

De ésta habría pasado á cualquiera otra cosa, con tal de no quedarse callada; pero notó que yo no la oía, y haciendo un gracioso mohín, echó el vestido sobre la cama y fué á tirarme de una oreja, gritándome:

—No seas maleriado; pon atención á lo que digo, ó me callo esta boca habladora y nos quedamos los dos hechos estatuas.

—Es, contesté, que no me dejas hablar, y quiero preguntarte.....

—No, señor; ni te he de dejar, porque luego me sales con tus tonterías de costum-

bre ¿estamos? Alguna vez hemos de tratar de mí. Es una injusticia que no me hagas caso, y me lo has de hacer, aunque sea un ratito, y aunque te pese. Vamos á ver, hombre, mira bien esto.....

Y se fué á tomar otra vez el vestido.

—Aguarda, le interrumpí; voy á hacerte todo el caso que quieras y que siempre he hecho de cuanto á tí se refiere; pero dime antes.....

—No te he de decir nada, si no hablas en juicio; sobre todo, si no me hablas de mí ó de mi vestido, que es igual.

—Mira, Felicia.....

—No, señor, y no, señor!

Y para acentuar más vivamente esta respuesta, dió una patada en el suelo, poniendo cara seria con leve arruga en el entrecejo.

—Pues entonces me marchó, dije yo, levantándome.

El semblante gracioso y expresivo de la niña se puso afligido; detúvome ella por un brazo y con voz suplicante me dijo:

—¡No te vayas!

Sin contestarle, me llegué hasta la mesa, tomé mi sombrero y me encaminé hacia la puerta. Felicia corrió á alcanzarme, me tomó el brazo con ambas manos, y poniendo sobre su cabeza mi hombro, dijo con voz llorosa y llena de aficción.

—No te enojés conmigo, Juanito; no te enojés ¿No ves que esto lo hago por tí? Bastante trabajo me cuesta hablar tanto, cuando tengo ganas de llorar.....

¡Bien comprendí cuanto quería decirme con aquellas palabras! La estreché sobre mi corazón, y al oír sus sollozos, sentí vivo dolor y tuve miedo de obligarla á darme explicaciones. Pero venció en mí el afán de saber algo de Remedios, por malo que ello fuera; conduje á Felicia al sofá, y sentándome á su lado

—Dímelo todo, le dije con voz grave y severa; no me ocultes nada, porque con callar me mantienes en un estado horrible. Ya no puedo vivir así; necesito saber lo que Remedios dice, para no mantenerme entre esperanzas vagas y dolores tan grandes. Dime de una vez que me aborrece, que me

desprecia, para no esperar ya nada, para que yo sienta algo que no sea lo que siento desde hace tantos días. Ya no puedo, Felicia, ya no puedo más.

Alzó la niña la cabeza, y clavó en los míos sus ojos húmedos, como queriendo leer en mi alma.

—Todo te lo diré, pero con la condición de que no te desesperes. Vamos, hijo, que al fin eres hombre y debes saber sufrir mejor que yo.

—Habla.....

—Toma las cosas como son y no como á tí se te antoje. Lo que te voy á decir es duro, y te lo digo porque ya no me cabe por dentro y hace muchos días que quiero reventar. Pero lleva por delante que Remedios te quiere; que te quiere como nunca, precisamente porque eres un pícaro. Sí señor; no me niegues que eres un pícaro de cuenta.

Habría yo vuelto á disgustarme, si no hubiera notado en la voz temblorosa de Felicia y el parpadeo frecuente, que luchaba en aquel momento con sus lágrimas, para dar-

33799

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"LAFONSO REYES"

me valor. Y atendiendo no á sus palabras, sino á lo que detrás de ellas veía yo, le hice una caricia en las mejillas y le dije, dando á mi voz la mayor calma que pude:

—Sé sufrir, hija mía; estoy acostumbrado á eso, y cualquiera cosa que me digas, por mala que sea, calmará la inquietud en que vivo. Vamos, dime, ¿has visto á Remedios?

—La he visto, y no una, sino muchas veces, me contestó!

—¿Cuándo? ¿Qué le dijiste?

—Verás. Como á los ocho días de aquel suceso, fuí á verla. Estaba ya buena enteramente, y pensé que podía yo hablarle de tí; pero no encontraba cómo empezar, y nos estábamos calladas un largo rato, para decir luego alguna simpleza. Por fin me ocurrió decirle: «¿Cuándo vas á verme?» Se quedó un momento pensando, y después me contestó: «No sé; ya veremos.»—«¿Que no sabes? dije yo; pues ¿qué no me quieres ya?»—«Mucho, respondió ella; bien lo sabes» y al decir esto me dió un abrazo, me besó en la frente, y sentí que me cayeron sus lágri-

mas en la cara. Entonces yo también me puse á llorar, y no pudiendo contenerme, le dije de sopetón: «¡Perdónalo, hijita de mi alma!» Fué esto un barbaridad muy grande; pero, hijo, yo no pude contenerme y no tuve la culpa.

—Y ella.....dije yo, trémulo de impaciencia y ansiedad; ¿y ella qué contestó?

Felicia se enjugó las lágrimas y continuó:

—Nada, ni una palabra. Se levantó violentamente del sofá en que las dos estábamos sentadas, y fingió que sacaba algo de un mueble, pero yo noté que se secó los ojos con disimulo. Después volvió á donde yo estaba, me tomó de la mano, y me dijo: «Ven, quiero enseñarte unos canarios muy preciosos que me compró mi tío.» Y toda la conversación fué desde ese momento, hasta que me despedí, sobre canarios, zenzontles y clarines.

Parecíame ver lo que Felicia me contaba, y aquella acción de Remedios me causó dolor y vergüenza, como si pasara en el mismo instante, delante de mí.

—Otro día, prosiguió la joven, interrumpi-

piendo varias veces su relato porque la embargaba la pena; después de pensarlo mucho, me resolví á ir á buscar á Remedios, hablarle claro y arrancarle una resolución. Si esta era buena, me la comería yo á besos, si era mala, le lloraría yo mucho, contándole tu arrepentimiento y tu pesar, pintándole lo mucho que la quieres, y diciéndole tantas cosas, 'que sólo no se ablandaría, si no tiene alma. ¡Y que la tiene tan grande y tan linda! Pues que voy, llego, vacilo un poco, al ver su semblante serio y triste; pero al fin le digo—«Vengo resuelta á que me regañes, á que me aborrezcas, á cuanto quieras, con tal de hablar claro, y de que así me hables tú. Estoy muy triste, muy afligida, muy desesperada, porque te quiero á tí tanto que se me figura que te quiero más que á.....» A Juan, iba yo á decir; pero ella me puso la mano en la boca, y me dijo precipitadamente: «¡Cállatel Si me quieres como dices, hazme favor de no hablarme una palabra más de eso.»—«Mira que.....»—«Nada; ni una palabra; me harás daño inútilmente, porque no con-

testaré nada.» Y no pude conseguir ablandarla, porque tuve que callar, cuando la ví tan seria, tan seria, que tuve miedo, y tan triste que me dió lástima. ¡Ay Juanito! ¡Para qué hiciste eso!.....

Yo, apoyando los codos en las rodillas, sostenía mi cabeza sobre las manos, ocultando el rostro á los ojos de Felicia.

—Antier volví, siguió diciendo ésta; después de veinte ó más días de no verla, suponiendo que, pasada la primera impresión, estaría Remedios calmada, y quizá dispuesta á perdonarte. Cuando la ví, me quedé asombrada. Se ha adelgazado, está pálida, tiene, grandes ojeras y está más seria, más triste y más hermosa que nunca. ¡Qué muchacha tan linda, Juan! Pues bien; á poco de llegada, traté de llevar la conversación por el camino de siempre; pero cuantas veces lo quise hacer lo notó ella y me cambió de asunto. Al fin me decidí, desesperada de no llegar á donde yo quería, y le dije. «Ya basta, hijita, de que andemos con mañas, yo queriendo hablarte de lo que tú sabes, y tú huyendo de ese asiento. Ten

compasión de mí, que tanto padezco desde que tú estás enfadada; ten lástima de él, que tanto te quiere; no sigas así, ó creeré que eres mala, que ya no eres tú el ángel de antes, que yo quería con todo el corazón. Por el amor de Dios, Re-nedios, sé buena como has sido siempre.» Mientras yo le hablaba, Juanito, ella se paró, se me figuró que iba á llorar, ya le veía yo las lágrimas en los ojos, cuando arrugó la frente, se puso no sólo seria, sino hasta enojada y me dijo con una voz muy temblorosa: «Ya te he dicho que me hagas favor de no hablarme de eso nunca.» Yo estaba llorando; me levanté, la abracé y le pregunté entre sollozos: «¿Ya no lo quieres?—«Ya no,» me contestó.—«¿Y si es bueno, y te quiere?—«Ya no,» volvió á decirme—«¿Nunca volverás á quererlo?» le pregunté; y entonces ella, separándose de mí, me contestó—«Nunca, nunca, y nunca!»—Quise hablarle todavía de tí; pero ya no lo permitió; insistí y se enojó conmigo, diciéndome al fin, que se enojaría para siempre si volvía á decirle una palabra *de eso*.

Cuando Felicia terminó, estaba yo sombrío y mudo. Las palabras de consuelo que después me dijo, si hirieron mi oído no llegaron á mi corazón ni quizá á mi entendimiento. Pasó algún rato en que ambos guardamos silencio, durante el cual mi cabeza acabó de llenarse de sombras tétricas; después me puse de pie, y sin dirigirme á Felicia, sino á mí mismo

—Entonces, exclamé ¿para qué vivo yo? ¿Qué me importa á mí todo lo que antes me ha parecido halagüeño, todo lo que he ambicionado?

En el silencio de la noche, ya avanzada, sólo obtuve por respuesta un sollozo de Felicia. Volvíme hacia ella, me incliné sobre el sofá, y pasé mi mano sobre los cabellos de la joven. Ella se levantó, llenos los ojos de lágrimas, me echó al cuello los brazos y con dulzura de madre me dijo:

—No pienses así, Juan. Te juro que te quiere; telo juro. Pero si no se ablanda nunca, acuérdate de que yo soy tu hermana, tu hermanita que te quiere con todo su corazón.

¡Ah, sí! ¡Tenía yo para qué vivir!

V.

Una historieta.

Los días siguientes á la escena que acabo de referir, Claveque hizo del periódico lo que le dió la gana; pues yo, no sólo no escribí, pero ni siquiera leí los números que se publicaron. Claveque no se quejaba de mi apatía, y aun creo que se acomodaba perfectamente con ella; porque recuerdo que anduvo entonces de mejor humor que nunca; y Carrasco me dijo después, elogiando la conducta de mi compañero, que éste lamentaba el estado en que me veía, y estuvo dispuesto á escribir él solo el periódico, mientras yo no le ayudara espontáneamente.

Pero Sabás, que se afligía de verme en

tal estado de abatimiento y preocupación, y que tenía por perdidos para las letras nacionales los días de abstención y retiro del Aquiles de la prensa; buscaba, excitando mis conocidas aficiones, la manera de volverme al camino de la razón, que era, en su concepto, ponerme otra vez en el de la gloria y la inmortalidad. Ya me leía un artículo de *El Lábaro del Siglo*, que buscando empleo á la adulación combatía el editorial de *El Censor*; ya declamaba docena y media de malas estrofas de peor poeta, acompañadas de peor gacetilla laudatoria, y me invitaba á que las hiciera trizas en una columna del periódico; ya, para irritar mi vanidad, ponía delante de mis ojos un párrafo de gacetilla, de este ú otro diario, en que censuraba el gacetillero el agrio tono de mis críticas literarias.

Sudaba en vano el pobre Sabás; pues apenas ponía yo atención en las lecturas, no obstante que él empleaba en ellas todas las entonaciones, desde la cómica hasta la trágica. Pero día llegó en que tuve que escucharle atentamente; porque comenzó por

alarmarme, cuando presentándome el último número de *El Censor*, me dijo:

—Dígame Ud., Juan, ¿Claveque maneja bien las armas?

—Creo que no, respondí.

—¿En qué piensa, pues, para escribir esto?

—¿Qué cosa?

—Su última historieta. ¿La conoce Ud?

—No. Hace días que no leo nada, le dije.

—Pues va Ud. á oirla; pero no se divague; óigala Ud. con atención, porque esto es grave. Se trata de personas de importancia.

Y Sabás, realmente asustado, sentóse frente á mí; cerca del balcón de mi cuarto y leyó.

En un país próximo al polo sur, gobernado por el rey Kremkrém III, brillaba por su gran talento y por su audacia un noble que se distinguía por la condición de ser tan bueno para un barrido como para un fregado: Buesuntol (que tal era su nombre), lo hacía todo, menos ir á la guerra que era precisamente su deber principal, como no-

ble; porque en aquel país los nobles servían para algo. Estaba quebrado de bolsa; pero no de entendimiento ni de lengua, y se dedicaba á la explotación de ciertos elementos de riqueza que no todos conocían, ni conocidos podían los demás beneficiar en su provecho.

«Y va de historia,» decía el cuento de Claveque.

Asomó por la gran ciudad de Krunkrana un bárbaro de los desiertos polares, que había obtenido victorias contra otros más bárbaros que él, y que había recogido como botín de guerra gran cantidad de pieles, que en el desierto se tenían por grandísima hacienda; pero que en la gran ciudad de Krunkrana no constituían una mediana fortuna. Pero Buesuntol vió que el valor de las pieles, era algo para pasarse un semestre cómodo, y dijo: «Esto es mío.»

El salvaje Testón, deslumbrado por el lujo y magnificencia de la gran capital, ansioso de goces que jamás había conocido, y queriendo en Krunkrana brillar y distinguirse como entre los bárbaros de sus de-

siertos, era uno de aquellos filones, que el noble Buesuntol explotaba con rara habilidad.

Testón aceptó la amistad de Buesuntol como honra que apenas merecía, después de sus victorias y á pesar de sus pieles; túvole por guía en el laberinto del gran mundo, y sin contar su hacienda cada ocho días, como tenía por costumbre en el desierto, tuvo carretelas y caballos de alto precio, porque Buesuntol se lo aconsejó; tuvo palco en los teatros porque su amigo le advirtió que eso era indispensable; gastó un dineral en amueblar su casa y la del noble, porque éste supo inclinarle á ello, y botaba diariamente el valor de quinientas pieles en banquetes á los grandes del reino, porque Buesuntol había despertado en su alma la ambición de poseer un título de nobleza. El cual, en efecto, llegó á alcanzar; pero cuando no le quedaba ya más que una mitad escasa de su fortuna, tirada la otra, en parte para conquistar el título y en parte por satisfacer los anjos de su maestro.

Todo lo de Testón era de su inseparable

compañero. De éste eran los carruajes, los palcos, los muebles de la gran casa, el bolsillo del bárbaro y hasta su reloj; pero Buesuntol veía con pena, que todavía quedaba en los desiertos polares la mitad de las pieles.

Entonces tuvo una idea nueva y brillante, como suya: hizo comprender á Testón que el hombre no debe estar solo; que el matrimonio tiene goces dulcísimos; que debía casarse, y no así como quiera, sino dando á la vez un gran paso en la ascensión que había emprendido á la cumbre de la grandeza. Propúsole que se casará con la princesa Kromalisa, señora linajuda, hermosa y acaudalada, que así podría aceptar al bárbaro Testón como ir á la horca; y apenas propuesta, túvola Testón por suya, como si se tratará de la más vil habitante del desierto; puesto que sabía por experiencia que nada era imposible, ni siquiera difícil para Buesuntol; á cuyo poder había de agregarse el de las numerosas prendas del mismo Testón, que tenía ya, gracias á su amigo, la más alta idea de su persona.

Buesuntol se encargó de llevar á feliz tér-

mino aquella magna empresa; y facultado ampliamente para cuanto fuera menester, decretó más carruajes, más palcos, más banquetes, más diamantes en los dedos y en la camisa, principalmente para él. Ordenó que se aumentara la servidumbre, que se compraran más y mejores caballos, que se derrochara la hacienda y se echara la casa por la ventana, encargándose él de ejecutarlo todo; es decir, haciéndose administrador de los productos de las últimas pieles, vendidas al rey más poderoso de los desiertos polares.

Testón veía á la princesa todas las noches en los teatros ó en los grandes bailes de la corte; pero desde lejos; porque Buesuntol no le permitía acercarse á ella, esperando como esperaba el momento oportuno para lanzar á Testón sobre la presa. El preparaba, preparaba, y cada día daba al bárbaro una esperanza más, una noticia halagadora, ó una lección de galantería á cambio de un brillante ó de cualquiera otra cosa así.

La historieta de Claveque se titulaba: *Las Pielas de Testón* y concluía con estas líneas:

«Al cerrar la primera parte de esta ve-

rídica narración, Testón no tiene más piel que la suya. Espere el lector paciente el desenlace en uno de nuestros números próximos.»

Cuando Sabás concluyó la lectura, trémulo y asustado, yo no acababa de comprender el significado de la historia; pero presentía yo que Carrasco tenía razón para decir que aquello era grave.

—¡Qué le parece á Ud.! exclamó el antiguo escribiente.

—Se trata de...

—De Bueso, Juanito; del Sr. Bueso, dijo escandalizado.

—Y ese Testón...

—Testón, repitió Carrasco tocándose la cabeza con modo expresivo. Es decir, el Sr. General Cabezudo.

—¡D. Mateo! exclamé yo.

—D. Mateo; sí, señor.

Una alegría extraña se apoderó de mí súbitamente. Aquel artículo me hacía cosquillas; tomé el periódico de las manos de Carrasco, y leyendo una línea de aquí y otra de allá, me reía yo á carcajadas, nerviosa-

mente, sin poder contener aquella risa, que me hacía daño, y que semejaba las carcajadas de un loco.

¿Pero de dónde sacaba Sabás tal interpretación? Se la había explicado Pepe, diciéndole que podía tener consecuencias graves, y que era preciso advertirme el peligro en que me ponía con tener á Claveque de compañero sin las precauciones convenientes.

—Pero Don Mateo, dije yo sin hacer caso de los juicios ni consejos de Pepe, trata de casarse?

—Pepe dice que sí, con una señorona de la alta sociedad, hermosa y rica.

—¿Y está quebrado? ¿Es cierto que está en la calle? ¿No tiene ya nada? pregunté con agitación.

—Dice Pepe que esto es exagerado; pero que se calcula que ha despilfarrado la mayor parte de sus bienes.

—¡Me alegro! grité con fuerza.

—¿Se alegra Ud.? preguntó espantado Sabás. ¿Pero por qué?

—No sabiendo qué contestarle, iba yo á ver-

me comprometido, cuando llamaron á la puerta.

—Adentro, dije.

Y con asombro mío, ví aparecer en mi cuarto á Bueso, con la cara imperturbable, serio, tranquilo, como siempre.